

GARCILASO INCA JURA DECIR VERDAD

José Durand

Universidad de California - Berkeley

Viene extendiéndose una idea simplista que da por sentado, sin crítica previa, que las obras históricas del Inca Garcilaso tienen valor meramente literario; tales generalizaciones, hoy frecuentes en universidades norteamericanas, sirven de punto de partida para estudios varios y muy a menudo llevan a errores; esto llega a los jóvenes y debe señalarse.¹ El Inca es autor tan complicado como su vida, fruto del primer choque de dos culturas; de otro lado es un artista de la prosa (el más ilustre de la Colonia y un clásico del Siglo de Oro hispano), y a la vez se trata de un historiador humanista, quien como tal manejaba los clásicos antiguos y a sus contemporáneos. Escribe para ofrecer un cuadro pleno del tema propuesto, no para brindar un cúmulo de noticias que aprovechen otros historiadores. Su almacén de ideas es coherente y sistemática, mucho más de lo que puede advertir un lector apresurado; su interés por enaltecer la visión conjunta que propone requiere gran dominio expresivo. Por desgracia todo autor histórico a quien le importa la forma literaria suele crear sospechas en el crítico. La verdad parece sonar más cierta cuanto aparezca menos elaborada, así eso no siempre resulte exacto. Si de Roma hubiesen llegado abundantes crónicas menores, probablemente muchas historias ilustres andarían en entredicho.

1. Sorprende ver proliferar estudios sobre un Inca "narrador", olvidando revisar la contrapartida histórica, como en el reciente libro de Margarita Zamora.

No falta una piedra de toque en estos casos, la crítica de detalle. Mal entenderemos la elaboración artística de un texto sin el examen previo de la verdad de sus elementos. Sólo así cabe medir el carácter de la forma expresiva, su tono narrativo, el empleo de recursos retóricos, el logro final. Y ya se sabe que los viejos preceptistas de la historia culta permitían bastantes libertades si vivificaban la obra, aunque dentro de la verdad general. En Garcilaso Inca muchas de sus páginas han sorprendido por su destreza literaria y aun por su carácter cuasi novelesco. Un caso puede servir de excelente muestra: los conocidísimos capítulos de los *Comentarios reales* sobre el origen de los incas, salidos del lago Titicaca y enviados por su padre el Sol (Garcilaso, 1609, Lib. I, caps. 15-16, revisar c. 17 a 19). También ofrece el autor otras versiones, pero la presente, que él hizo famosa, parecería suya. Hasta se ha apuntado, y lo dice persona respetable, que pueda tratarse de un “arreglo” del autor, destinado a “lectores europeos”.²

El Sol envía a sus hijos

El recuerdo del Diluvio universal, entre tinieblas, aparece continuamente (salvo excepciones) al comienzo de mitos andinos de creación o de orígenes de los pueblos. El sabio Bernabé Cobo, como se verá, pone orden en el punto y observa que muchos informantes indígenas diferenciaban mal la creación del mundo de la reconstrucción que siguió a esa catástrofe. Garcilaso recuerda el Diluvio, pero no al ocuparse de los primeros incas sino en otro mito que ofrece luego (Garcilaso 1609 L. I c. 18). En cambio sí coincide con otros cronistas al situar esos remotísimos tiempos en una “primera edad” de feroz barbarie, que describe en varios capítulos. Esto prepara una idea clave, el advenimiento de los incas como una “segunda edad” de civilización.³ Para este fin la “fábula” resulta perfecta.

Al presentar el mito, Garcilaso escribe un cuidado exordio, típico de su estilo (personal y de época). El tono será a la vez llano y grave, bueno para ganarse al lector. Confiesa que le costó resolverse a empezar por una “fábula”, pero, como sabía bien, no hay otros comienzos en cualquier pueblo. Explica

2. Rostworowski 1988: 30; libro rico en aportaciones, muestra cierta enemiga contra Garcilaso, más visible en otros pasajes.

3. Véase el lúcido artículo de Asensio, 1953: 583 ss. El Inca pudo hallar también, pienso, la relación con las *edades* de San Agustín en fray Jerónimo Román.

que el relato lo oyó en su hogar y nos traslada al ambiente familiar del linaje derrotado. Allí hablará un viejo tío, quien sin duda alcanzó a varios incas.

“Viviendo o muriendo” aquellos salvajes, escribe Garcilaso en su exordio, “permitió Dios Nuestro Señor” que de ellos mismos saliese quien los iluminara y “diese alguna noticia de la ley natural y de la urbanidad” o civilización. Lo dicho se mantiene dentro de la ortodoxia católica, pues la Providencia de ese “mismo Dios, sol de justicia”, como añade, parecía preparar a esos bárbaros, mediante los incas, a recibir el Evangelio (que será la “tercera edad”). El sol de los antiguos peruanos simboliza allí al Dios cristiano, cuyo loor en la imagen del Sol de Justicia no se desaprovecha.⁴ Vemos fluir así llanamente la prosa de Garcilaso, pero el subtexto encierra significativas alusiones y las ideas se entretajan intencionadamente. Una lectura exclusivamente literaria, sólo antropológica, o sólo de un tipo de historia no bastan para captar las intenciones implicadas. Así escribía el clásico mestizo.

Cuando en casa de su madre, Isabel o Chimpu Ocllo, hable el tío anciano, será visible el sentido providencial. “Nuestro padre el Sol, viendo los hombres tales”, dice Garcilaso, se apiadó y envió “del cielo a la tierra un hijo y una hija de los suyos, para que” adoctrinasen a los bárbaros y les enseñaran a vivir “como hombres, en razón y urbanidad”. Decisión, pues, piadosa y providente. “Con esta orden y mandato” los puso “en la laguna Titicaca”. Constan así el lugar, la misión civilizadora y la calidad de hijos divinos. A la vez ha dejado caer la mejor explicación posible de por qué practicaron los incas el incesto regio: la pareja de hijos del Sol implicaba fuesen hermanos. Asunto enojosísimo para los incas cristianizados de entonces y muy particularmente para Garcilaso.⁵

Manco Cápac recibe del propio Sol, en presencia de su mujer Mama Ocllo, una varilla de oro que se hundirá donde deben fundar su corte. Las últimas instrucciones divinas serán harto significativas: a sus futuros súbditos deberán mantenerlos “en razón y justicia con piedad, clemencia y mansedum-

4. *Comentarios*, I, 15. Al traducir los *Dialoghi* de León hebreo, a quien puso apostillas, el Inca destaca los pasajes que presentan al sol como imagen superior; Cf. *infra*, t. y Román 1575, v. II, L. I, c. 6.

5. Acosta (1590, L. VI, c. 18) afirma que Tupa Yupanqui (bisabuelo de Garcilaso), fue el iniciador del incesto regio. El Inca silencia el punto. D. A. Brading ha advertido una tácita actitud de Garcilaso contraria a Acosta (1986, 1, ss.); ésta sería una de las causas.

bre, haciendo en todo oficio de padre piadoso para con sus hijos tiernos y amados, a imitación y semejanza mía”. El Sol continuará razonando en forma bellísima, pero aquí importa apreciar al dios amoroso, muy al gusto del neoplatónico Garcilaso, traductor de León Hebreo; sin embargo, esa cálida imagen concuerda con elementos de la tradición andina, tan recordados en los *Comentarios*, como la del soberano *huacchacuyac*, amorador de pobres (Para González Holguín *Huacchay cuyac* es “amigos de pobres”, 1608 s.v.: 162), según dirá el mestizo humanista repetidas veces. Ya veremos que la deidad andina era amorosa en sus tiempos. El platonismo y la tradición indígena quedan conjugados y concordados. (Toco el punto en Durand 1963: 22 ss.). No hay por qué ocultarlo: el proceso de idealización ocurre en nuestro Inca y las tendencias utópicas propias del neoplatonismo se dejan sentir. Tampoco exageremos. Importa saber cómo se da ese hecho y, en lo posible, por qué; pero volvamos al asunto de la veracidad, tan ligado.

Al despedirse el Sol termina lo que podría llamarse el núcleo de la presente “fábula” sobre la pareja inca salida del lago. Seguirán a Pacaritambo, justamente el lugar donde aparecen los hermanos Ayar (Ayar Manco inclusive), en el clásico mito incaico, el más frecuente en los viejos cronistas y el que hoy merece mayor consideración entre los estudiosos. Garcilaso le recoge también, más adelante, aunque en breve y relegada frente a la versión del Titicaca, que prefiere a las claras. De Pacaritambo, Manco y Mama Ocllo marchan hacia el Cuzco, donde se hunde la varilla y empezarán a levantar la ciudad. Hay en esta parte evidentes ligaduras de ambos mitos. El que nos ocupa concluye allí, pero no la relación del anciano tío, quien refiere las actividades de la pareja y aun añade los hechos de Manco, primer inca y ejemplo del futuro.

Sobreponiéndose al mito clásico cuzqueño de los hermanos Ayar, la leyenda del Titicaca tuvo desde el siglo XVII hasta hoy enorme difusión, por influjo de Garcilaso y de su arte narrativo. Por lo demás creo es importante el que esa leyenda corriese entre sus parientes incas (ver, adelante, el apartado las Islas de Copacabana, sobre noticias de Cobo).

Choques con la censura

Llama la atención el cuidado con que el Inca presenta esta “fábula” y las que siguen. Temía a las claras ser acusado de crédulo, como indio o mestizo que era, y sus razones tenía. Si tanto meditó sobre cómo empezar, luego insiste en que narra mitos a sabiendas de su carácter. Ya al exponer sus dudas iniciales, habla de hallarse en un “gran labirinto” y después titulará el cap. 18: “De

fábulas historiales del origen de los incas”, y aun empezará escribiendo “Otra fábula...” Una de las que se hallan allí es la de los Ayar. Más adelante insiste: “Digo llanamente las fábulas historiales que en mis niñeces oí a los míos; tómelas cada uno como quisiere y déles el alegoría que más le cuadrare”. Era peligroso buscar semejanzas entre aquellos relatos y pasos semejantes con la Escritura. Al empezar el cap. 19 escribe: “Ya que hemos puesto la primera piedra de nuestro edificio, aunque fabulosa, en el origen de los incas...” (Garcilaso 1609, L. I, c. 19. El padre Anello Oliva, algo posterior a Garcilaso, a quien respeta, un censura esta “fábula”, prefiere su propia versión [Oliva 1895, c. 2]; y añade adelante: “Porque, en fin fin, destos *principios fabulosos* procedieron las grandezas que, *en realidad de verdad*, posee hoy España”. No se necesitaba gran erudición para saberlo, pero ocurría que el Inca tuvo relación cercana con el doctor Ambrosio de Morales (Asensio 1953: 583, ss.), autor de gran parte de la *Crónica general de España*, cuyo primer volumen compuso la elegante pluma de Florián de Ocampo, acudiendo para tiempos remotos a asuntos legendarios, y aun a textos falsos como los de Annio: en eso Morales fue harto más cuidadoso. El Inca también leyó las *Repúblicas del mundo*, de fray Jerónimo Román, tan instructivas al respecto.

Concretando: los mitos de origen incaico que van en el libro I de los *Comentarios* parecen haber tenido problemas con la censura del rey, antes de imprimirse. Aunque evitasen problemas de fe, pienso que el problema real era otro. Dificultades semejantes las había tenido, por otras causas, en la *Florida*. Y he aquí algo característico del Inca: el texto, al mantener posiciones, no perturba al lector, al punto de que hasta donde sé nadie ha señalado que en sus obras se habla de tales enojosos problemas. Aun así, su preocupación se comprueba. No bien acaba de narrar estos mitos, Garcilaso dedica a justificarse todo el cap. 19: “Protestación del autor sobre la historia”. Explica cómo se informó para escribir y certifica solemnemente decir verdad. Algo casi idéntico ocurre en la *Florida* cuando narra las hazañas de los indios en Vitachuco (Garcilaso 1605 L. II parte 19, c. 27). Allí proclama su veracidad en “ley de cristiano”. ¿Para qué jurar si no existiesen dudas? En ese libro anterior se trataba de temas bélicos y el capítulo se titula “Donde se responde a una objeción”. Más bien eran tres que una, pero ligadas entre sí. La primera, posiblemente al modo de Sepúlveda, alegaba la incapacidad de los indios; el Inca rechaza esa opinión amparándose básicamente en la *Historia* de Acosta. la segunda parece insinuar que Garcilaso introducía ficciones, lo cual desmiente. Si tal reparo interesa aquí por subsistir la sospecha (grados aparte), la tercera objeción sorprende, y el autor responde: “Pues decir que escribo encarecidamente por loar la nación porque soy indio, cierto es engaño”, pues en rigor

quedaba corto al elogiar la valentía de los indios. Aunque no lo recuerde allí, más entusiasta aún se mostró su admirado Ercilla con los araucanos.

Mudanzas del tiempo: mientras que hoy tachan algunos a Garcilaso de hispanizado y poco indio (contra lo que opinaba un indigenista como Luis Valcárcel),⁶ en sus días lo acusaban de favorecer desmedidamente a los de su raza.

Hoy consta que el pérfido cronista regio Antonio de Herrera tuvo razones para ponerle dificultades al Inca: lo plagió descaradamente en la *Florida*, cuando aún se hallaba inédita. El hurto ya lo advirtió Riva-Agüero, y hace años ofrecí pruebas seguras, que confirmó por entero Miguel Maticorena (Me fundo en que Herrera copia algunos errores que al recordar cometía el informante del Inca; Durand 1966: 43, ss., Maticorena 1966: 30, ss). De otro lado, al estudiar la documentación cordobesa de José de la Torre y del Cerro, Aurelio Miró-Quesada observó que hubo excesiva tardanza en la impresión de la *Florida* y de la parte I de los *Comentarios*: demoras de varios años. Ambas obras vieron luz finalmente no en Madrid, sino en Lisboa. Creo cierto que Herrera, autor de conocidas fechorías,⁷ retardaba la publicación para amparar el plagio e impedir futura competencia. Antonio de Herrera no fue ningún ignorante y sabía muy bien a quién hurtar: señal de que, con conocimiento de causa, apreciaba la *Florida*. Garcilaso no cedió a los reparos y al parecer los pasajes objetados vieron luz, añadidos de importantes aclaraciones.⁸ En cuanto a mitos peruanos, más arriesgado era narrar el del Titicaca que el de los Ayar, recogido por muchos, empezando por Cieza: otra víctima del rapaz Herrera.

6. Es tendencia de algunos estudiosos actuales, explicable por el auge del gran indio Huaman Poma; pero Garcilaso representa al mestizo y, para el maestro del indigenismo peruano, tuvo alma inca: Valcárcel 1939.

7. Sobre los repetidos hurtos a otros cronistas hay otras culpas y constan otras fechorías; Cf. Pérez Bustamante 1933.

8. Herrera incluye el episodio de Vitachuco, sin dar mucho lustre a los indios (para entonces la *Florida del Inca* se hallaba impresa tiempo atrás); no refiere el mito del Titicaca, sino el de los Ayar, aprovechando a Cieza (Herrera 1617, década VI, L. I, c. 8; déc. V, L. III, c. 5).

Respeto por el Inca y discusión

El don natural de Garcilaso para presentar vívidamente los hechos despertó, pues, inquietudes sobre una posible tendencia a fabular. El asunto, hartamente complejo, debe examinarse en cada caso y también en el presente. Pero así como hubo (y hay) dudas también mereció Garcilaso muy elevado respeto. Hoy sabemos que el Inca era amigo de sabios varones andaluces, algunos eminentes, quienes lo consultaban y citaban. Aparte el doctor Morales, fallecido antes de que el Inca imprimiera sus historias, trató a hombres como el gran filólogo Bernardo de Aldrete, o bien el escriturario jesuita Juan de Pineda, famosos en Europa. Ambos mencionan los *Comentarios reales* y siguen al autor en determinados puntos. (Trato el asunto en Durand 1948: 278 ss., 1963: 322 ss., 1979: 35 ss, Cf. Miró Quesada 1971, cap. 8). Añádase a varios eruditos, hombres de autoridad, amigos suyos. Ya en otros países, por dos siglos tuvo Garcilaso muchas más ediciones en francés que en español. En Inglaterra lo leyó y mencionó tempranamente todo un Francis Bacon y, hace unos años, todo un Arnold Toynbee.

Pero también hubo voces discrepantes, algunas aisladas, otras más desde hace un siglo. A veces llegaron al estrépito. Durante el XVIII y a principios del XIX su autoridad se hallaba en el cenit y eso continuó hasta el último tercio del siglo. Por entonces, el erudito Marcos Jiménez de la Espada (por ejemplo Jiménez de la Espada 1880) estudió importantes crónicas inéditas y comprendió justificadamente que había fuentes más valiosas que Garcilaso. Eso sí: no hizo mucho por entender la posición personal de este historiador humanista. Las opiniones de don Marcos pesaron en el Perú y España, donde debieron influir en Menéndez Pelayo. Sin embargo, Philip A. Means tomó muy en cuenta la importancia de Garcilaso.⁹ En Lima, Manuel González de la Rosa llegó al colmo en sus ataques al Inca. lo rebatió Riva-Agüero, (*Revista Histórica*, I-IV, 1906-1912), a quien debemos un notable intento de comprensión de Garcilaso; también puntualizó la exagerada posición de Menéndez Pelayo sobre el utopismo de los *Comentarios*, lo cual don Marcelino aceptó. Desde entonces abundan los estudios sobre el autor, favorables y adversos. Quien llegó al exceso en contra fue el argentino Roberto Levillier, entusiasta del virrey Toledo, a quien el Inca detestaba. Tuvo respuestas (Levillier 1935, I y II. Responde Arocena 1949; objeciones breves y firmes en Rosenblat 1942).

9. Vid. Means 1928. Sin embargo, desde años atrás influían los reparos al Inca de Heinrich Cunow. Un panorama no exhaustivo puede verse en Wedin 1966.

Tras Riva-Agüero, la actitud de varios estudiosos peruanos ha solido mantener equilibrio, justipreciando al autor sin negar que haya en su obra histórica puntos discutibles. Así Porras Barrenechea, Luis Valcárcel, Aurelio Miró-Quesada¹⁰ y otros. Cada cuál con sus matices propios.

Hacia una filiación del mito

Aún adolescente, Garcilaso interrogó sobre este mito “al más anciano” de sus mayores, “que era el que daba cuenta de tales asuntos”. Obra adelante, vuelve a referirse a “aquel inca viejo, que había nombre Cusi Huallpa”. (Garcilaso 1609, L. IX, c. 14; lo señala Miró-Quesada 1971: 394). Tío abuelo, y según ello de la generación de los hijos de Tupa Yupanqui. Cusi Huallpa aparece como hombre respetado y ducho narrador; no era un informante común, sino más bien portavoz de su estirpe. Insistamos: aunque siempre que se trate de los Incas se les presenta como hijos del Sol, ningún mito se acerca al del Titicaca en la nobleza y generosidad de la aparición solar y en el mandato que otorga a sus hijos. Nada mejor hubiera podido desear el linaje imperial, Garcilaso inclusive: aparte las grandes posibilidades narrativas, dignas de estudio aparte.

Existe la idea, muchas veces escuchada informalmente, de que esta versión fuera exclusiva de Garcilaso.¹¹ De ser así cabría sospechar la existencia de un “arreglo” ajeno a las tradiciones indígenas. No es así. En el antiguo Perú hubo, claro está, diversos mitos de creación y origen; para los incas hubo varios en la región, aunque no todos de raíz *cuzqueña*, por llamarlos así, pero concebidas dentro del espíritu andino. Por ejemplo los hay de Huiracocha y el Titicaca; algunos de ellas, mediando las inevitables variantes de la tradición oral, muestran puntos afines al relato del lago. Como veremos, hay dos textos que presentan abiertas coincidencias y merecen atención; otras versiones los complementan.

10. Para José de la Riva-Agüero (cf. Obras, II, 1962, IV, 1965). De Raúl Porras Barrenechea interesan particularmente el opúsculo de 1939, incluido en Porras 1962, y Porras 1955. Ambos autores han matizado luego sus puntos de vista progarcilasticas. Valcárcel 1939. Miró-Quesada 1971, mantiene un criterio favorable pero equilibrado.

11. La exposición circunstanciada que se lee en los *Comentarios* dificulta quizás ver la relación de este texto con otros. Algunos estudiosos, dada la sangre real del autor, han mirado el texto como algo “oficial” del linaje incaico; cf. *infra*, t. y n. 16.

Todavía más: para mi sorpresa, tras una revisión encontré que la semejanza entre la “fábula” (como decían) de Garcilaso y otra manuscrita de un viejo cronista (a quien no parece haber podido leer), fue ya advertida en el primer tercio del siglo XVII. Ya lo veremos.

Este grupo de versiones ofrece muchas variantes y a veces mezcla elementos de diversos mitos; esos mismo ocurre en el relato de Cusi Huallpa y Garcilaso. No me corresponde estudiar antropológicamente el tema (sobre el mito de Huiracocha me remito particularmente Rowe 1960: 408 ss.), ni pretendo agotar los muchos materiales que hay. Me atengo a lo necesario para explicar la versión de los *Comentarios reales*, independientemente de su arte literario. Por lo demás advertimos que casi todos los cronistas citados tienen grande autoridad. La mayoría conoció el tema o escribió en buena época, hacia 1550: unos veinte años después de la Conquista y justamente por los días en que el futuro autor escuchaba a su tío Cusi Huallpa.

Betanzos y Sarmiento

Juan de Betanzos, soldado modesto pero antiguo en la tierra, quechuísta respetado y marido de doña Angelina, hija de Huaina Cápac, constituye una fuente de primer orden. Su manuscrito queda prácticamente terminado en 1551, en tiempos del virrey Mendoza.¹² Pero sus noticias deben ser algo anteriores. El relato que da del mito de Huiracocha empieza aludiendo a épocas muy remotas y a temas de creación. Como otros, cuenta que se vivía a oscuras. Nos sitúa en el Collao, cerca del lago Titicaca y de Tiahuanaco. “Salió de la laguna”, escribe, un hombre de caracteres divinos llamado Con Tici Viracocha (deidad andina fundamental), quien creará el sol, luna, estrellas y hombres; a éstos los tendrá que suprimir. Crea de nuevo y ordena poblar. Las gentes se reparten y él va “derecho” rumbo al Cuzco y se detiene en Cacha; sabremos que el antiguo señor cuzqueño era Alcahuiza; la noticia concuerda con otros relatos y, puntos cronológicos aparte, con documentos. Al fin partió la deidad y “se metió por la mar”. El elemento *agua* está en el nombre de Huiracocha. A continuación refiere Betanzos el mito de los Ayar, quienes hablan del “Sol su padre” (Betanzos 1880, caps. 1-2; para los Ayar caps. 3-4); Ayar Manco

12. Aunque en el ms. publicado recientemente (1987) aparecen noticias de la época del primer marqués de Cañete, pienso deben ser adiciones. El encargo a Betanzos fue del segundo virrey y Betanzos estaba preparado. Para el punto juzgo apropiada la fecha usualmente aceptada.

o Manco Cápac “venía de donde el Sol estaba”. Los hermanos prevalecieron sobre los Alcahuiza: “El Sol los inviaba”.

El primer relato de Betanzos parece expresar muy antiguas versiones del mito de Huiracocha, con su creación casi universal, inclusive del sol (Rowe 1960: 408 ss., advierte elementos no incas en ciertos mitos de Huiracocha en el Collao). A mi entender no se ve que la caminata al Cuzco tenga relación con la historia de los Ayar: esta marcha y aun la parada en Cacha son muy frecuentes en las otras versiones del mito.

Tiempo adelante, en 1607, el pintoresco dominico fray Gregorio García, quien poseyó un buen manuscrito de Betanzos y lo aprovecha a su modo, consigna el relato. Fray Gregorio vio a Garcilaso en Andalucía, (García 1607, L. V, c. 8. Sobre su relación con el Inca en Andalucía, cf. Durand 1979), pero casi con certeza después de concluída la parte I de los *Comentarios*, prácticamente en 1603. En todo caso, el Inca no da muestras de usar estas noticias.

Decenios después que Betanzos, en 1572, concluyó su *Historia* el capitán Pedro Sarmiento de Gamboa, quien dispuso de viejos informantes y copiosas noticias; sus referencias al mito muestran, creo, carácter antiguo (Sarmiento 1942, c. 7). Como en Betanzos, se percibe allí el peso de las viejas culturas del Altiplano. Llama al dios *Huiracocha Pachayachachi*, y la última palabra revela su poder de Hacedor. El relato es similar a otros: en un mundo tenebroso, Pachayachachi crea el sol, luna, estrellas y a gigantes que desaprobará. También a hombres desobedientes. Viene el Diluvio con su general destrucción. Se vivía una “primera edad” de barbarie cruda, pero vino una “segunda” (aunque estas *edades* no corresponden a las de Garcilaso). El dios, dejando la isla Titicaca (lugar preciso), “pasó por la laguna a tierra firme” y se fue “a un asiento que agora llaman Tiaguanaco”; esto se lee en una versión: en otra, Huiracocha ordena poblar y se dirige al Cuzco parando antes en Cacha. Seguirá largo viaje. El dios desaparece caminando sobre el mar.

Poco hay hasta aquí demasiado próximo a los *Comentarios reales*, salvo elementos sueltos: el lugar, la aparición divina en el Titicaca, las referencias a épocas de feroz barbarie y, quizás, el encaminarse al Cuzco. La deidad de Sarmiento tiene algo de civilizadora, pero antes ejecuta terribles castigos. En el habitual episodio de Cacha se apiada de hombres irreverentes.

Como Betanzos, Sarmiento de Gamboa narra por separado el mito de los hermanos Ayar.

Es sabido que gran parte de las crónicas indianas quedó inédita, particularmente las de asuntos indígenas. Entre las impresas que Garcilaso leyó y que en otros asuntos cita copiosamente, se cuentan las historias de Zárate y Gómara. Ya advirtió el Inca que ambos coinciden en algunos pasajes y hoy se sabe que tuvieron en ciertos temas una fuente común. No puede asegurarse cuál.¹³ Las breves noticias sobre el mito del lago se presentan sin mayor cuidado, pese a que ambos fueron buenos escritores. Son textos secundarios pero consta que el Inca debió leerlos y alguna huella pudieron dejar.

La parte I de la *Historia* de Francisco López de Gómara apareció en 1552, aunque debió reunir noticias desde antes. El contador Agustín de Zárate imprimió su obra en 1555, pero dejó el Perú en 1545. Ninguno de los dos conoció ni medianamente a los incas y muchas veces dan los nombres propios desfigurados.

Según Zárate había en el reino multitud de “señoretas” en confusa behetría, “sin tener señor general” de la tierra, “hasta que de la parte del Collao, por una gran laguna que allí hay llamada Titicaca, ... vino una gente muy belicosa que llamaron *ingas*”. El principal era “Zapalla Inga, que es *sólo señor*”,¹⁴ aunque algunos quisieron decir que “llamaron Inga Viracocha”. Allí se realizó la creación. Y concluye: “estos ingas comenzaron a poblar la ciudad del Cuzco”. Sin vacilar, Zárate remite al lago el origen del imperio, en lo cual coincidirá con la relación del viejo Cusi Huallpa. De otro lado se advierte que en los informantes originales, o en quien les tomó relación, hubo confusión notoria entre el dios y el inca Huiracocha; sin embargo, la idea se repite en otras versiones. Debíó proceder de inciertas memorias indígenas.

Gómara será aún más enfático sobre la patria de los primeros incas: “Su naturaleza fue Tiquicaca”. Luego apunta que “el principal inga que sacó de Tiquicaca a los primeros y que los acaudilló se nombraba Zapalla”, aunque

13. Zárate, como se sabe, declara usar una información de Rodrigo Lozano. Faltaría saber si Lozano no se basó a su vez en otro. Es asunto complejo. Cf. Bataillon 1961, 1963: 11, ss.

14. Zárate 1555, L. I, c. 13. Este “zapalla inca”, en el sentido de ‘solo señor’, debe ser *zapa* (o *capa*); desconcierta que una deidad del Collao se llame Zapana, también aparece en Cieza.

“también dicen algunos indios ancianos que se llamaba Viracocha”. Ambos historiadores concuerdan. Añade Gómara: “En conclusión, afirman que pobló y asentó en el Cuzco, de donde comenzaron los ingas a guerrear la comarca y aun otras tierras muy lejos” (Gómara 1552, parte I, cap 119).

Son versiones parcas en información y que para nada aluden al origen solar. Sin embargo, los primeros soberanos, reiteremos, proceden del Titicaca y van al Cuzco. Ninguno de ambos autores menciona “fábula” de los Ayar, ni se ven aquí sus huellas, al menos con certeza. Estas noticias quizá influyeran algo en las preferencias de Garcilaso por el mito del lago, pero no parece que Gómara y Zárate, tan escuetos y limitados, fueran su fuente.

Cieza de León

Pedro de Cieza de León publicó su *Crónica* en 1553, y anduvo por el Collao, lugar de estas creencias, en 1549; el llamado *Señorío de los incas*, al cual acudiremos, quedó manuscrito. La mente del autor era clara y ordenada. Tras informarse minuciosamente, juzga “cosa muy mayor” que cuentan los indios el que afirmen “que estuvieron mucho tiempo sin ver el sol”, con gran padecimiento (uso la edición Jiménez de la Espada, Cieza 1880: 5); entonces “salió de la isla Titicaca”, cuenta, “el sol muy resplandesciente”. No dice que fuera un dios ni menos lo liga aquí a los futuros incas. Las tinieblas ya vimos que son tema recurrente; también se advertirá que solían ocurrir hechos milagrosos en la isleta. Aquí el asunto se perfila dentro de los típicos mitos de Huiracocha, pero la aparición solar en aquel sitio preciso tiene importancia, aunque Cieza no insista en el punto. Recordemos que Sarmiento habla allí del dios Huiracocha, no del sol.

El cronista prosigue señalando que “luego que esto pasó” (o sea después de que hubo luz) vino “un hombre blanco”, que inspiraba reverencia. Lo llamaban “Hacedor de todas las cosas criadas, principio dellas”, y también “*padre del sol*”. Le “dio ser a los hombres y animales” y fue su bienhechor. Llegado aquí, Cieza se detiene para advertir la antigüedad de estas tradiciones: sus informantes ponderaban la importancia y su ancestral procedencia, conservada inclusive en cantares. El Hacedor, generalmente nombrado *Ticihuiracocha*, siguió “hacia el Norte” obrando maravillas, y después “jamás lo volvieron a ver”. Fue afable y paternal: “En muchos lugares diz que dio orden a los hombres cómo viviesen, y les hablaba amorosamente y con mucha mansedumbre”, enseñándoles que, “amándose, entre todos hubiera caridad”. Al concluir muestra de nuevo la escrupulosidad de su interrogatorio: sobre esto, dice, los indios “no saben decir de él más”.

El autor presenta esta “fábula” con sus variantes, pero separada del mito de los Ayar, también referido. En su versión del mito de Huiracocha, Cieza parece mantener el carácter antiguo y preincaico. Con sus noticias, los puntos concordantes con Garcilaso aumentan: el Sol será hijo del Hacedor, pero su importancia es grande. No aparecen Manco ni los incas, reservados para la relación de los Ayar. Lo más interesante será el carácter del Hacedor, amoroso y empeñado en instruir y civilizar. Esa tradición andina e incaica ya sabemos que en los *Comentarios reales* será asunto destacado. Por lo demás, no parece que el Inca hubiera leído las partes manuscritas de Cieza.

El clérigo anónimo

La *Relación de muchas cosas acaecidas en el Perú*, obra anónima de un eclesiástico a quien usó Las Casas, se ha atribuido a Cristóbal de Molina, llamado *el chileno* para distinguirlo de otro Cristóbal de Molina *cuzqueño* autor indiscutido de otra crónica. Thayer Ojeda sostuvo que el autor pudo más bien ser el padre Bartolomé de Segovia y los confirmó después la autoridad de Porras. (Porras 1962: 249; cita allí los dos artículos de Thayer Ojeda). Marcel Bataillon y John H. Rowe prefirieron seguir considerando anónima esa relación. Ambos textos, así sólo uno sea de un Molina, serán los que ofrecen versiones más próximas a la de Garcilaso. Según Porras, esa crónica anónima parece ser de 1552; o sea anterior a la llegada al Perú de los libros de Gómara y Zárate.

Afirma el autor que conoce el mito por los “orejones” o nobles incas y lo dice al tratar asuntos del Cuzco. La versión parece proceder de esa ciudad. Para el anónimo el escenario continúa siendo el Titicaca, pero la importancia del Sol será mayor que en Cieza. Como en éste, aparece en el dios un espíritu civilizador. No faltan aspectos confusos que recuerdan a Gómara y a Zárate: propios a mi ver de ciertas tradiciones orales. Aun así, hay semejanzas con el relato de los *Comentarios*. Del lago, escribe, “*salió el principal dellos, que se decía Inga Viracocha, que era muy entendido y sabio y decía que era hijo del Sol, y éste dicen ellos que les dio policía*” o cultura “de vestidos y hacer casas de piedra y fue el que edificó el Cuzco” y aun “la fortaleza y casa del Sol”, que “dejó principiada, y se dio a conquistar”.

Luego añade: “Este Inga Viracocha que ellos dicen que fue *el primer señor principal que tuvieron* en la denominación del nombre conforma mucho con el nombre que ellos llaman a los españoles” (Anónimo 1916: 139 y ss.). Enmiendo aquí lo que creo evidente error de puntuación. Es sabido que tras

la Conquista los indios llamaban *viracochas* a los españoles por supuesta semejanza física con la figura del dios. Sea como fuere, este *Inga* del relato aparece explícitamente mencionado como tal, y lo mismo ocurre en la versión de donde proceden Gómara y Zárate. Ese “primer señor” sugiere a Manco Cápac, aunque lleve nombre de Huiracocha, el cual coincide con el dios del mito. Lo curioso es que también aparezcan noticias usualmente atribuidas al inca Pachacuti, hijo del inca Huiracocha; hasta donde mejor se sabe, Pachacuti fue el constructor del Cuzco monumental, aunque los inicios de las obras suelen atribuirse a Manco. Para la mayoría de los autores antiguos y modernos, la formidable expansión se inicia con Pachacuti: primero en la grandeza. La versión del anónimo resulta hartamente confusa y la interpretación es ardua. Muy al modo andino, según lo vienen señalando los estudios etnohistóricos, el sentido del tiempo de los antiguos peruanos difiere del nuestro, y la cronología puede resultar desconcertante. En el texto presente la aparición del inca Viracocha tiene un sentido primigenio (primer señor principal) y carácter solar. Como en Garcilaso, “salió” del Titicaca. Así no se llame Manco, puede asimilarse a él y en todo caso se trata de un inca. Oscura como típica mito de orígenes, vemos aparecer allí el lago, a los incas “hijos del sol”, la obra civilizadora y la relación final con el Cuzco. Es mucho.

Por lo demás no faltan viejos autores que fusionan las personalidades del inca Huiracocha y su hijo Pachacuti, y que hasta atribuyen al padre el comienzo de la grandeza incaica.¹⁵ No son ideas frecuentes ni las más aceptadas. Resumiendo: en el texto anónimo crecen las coincidencias con Garcilaso y se advierte clara huella de la transmisión oral.

Cristóbal de Molina, el cuzqueño

Reconocida autoridad en asuntos de religión incaica, Cristóbal de Molina fue párroco de los Remedios en el Cuzco; allí y en el Hospital de Naturales (antes fundado por el corregidor Garcilaso, padre del Inca), tuvo largo trato con los indios, cuya lengua conoció bien. Escribió una *Historia* incaica, hoy perdida, y unas *Fábulas y ritos*, éstas al parecer compuestas hacia 1575. Molina

15. El viejo quipocamayoc Catari, según Anello Oliva, pensaba “que Pachacuti y Viracocha sean nombres de un mismo inca” (1895: 50). Idea extrema, pero que tiene trasfondo. Entre los cronistas, Huiracocha es para unos conquistador, para otros un vencido, y para otros más ambas cosas. Huaman Poma o la *Información* de los Quipocamayocs registran sus victorias. Y hasta Cieza, aunque hartamente de discrepancias en las versiones que recogió, no lo desfavorece.

también refiere el mito. Ocurre junto al lago y contiene elementos de creación y migración, de mandato divino y aun existe influjo solar (Molina 1916: 6ss.). Manco Cápac se presenta como hijo del Sol y él mismo inicia el culto de su padre. Remitido a épocas arcaicas Molina habla del Hacedor o Pachayachá-chic, nombres que en estos pasajes usa más que el de Huiracocha. Como en betanzos o en Sarmiento, la deidad crea, pero en tiempos primeros castiga duramente. Cerca de Tiahuanaco, “su natural asiento”, y del lago, llegan nuevos tiempos con la creación del sol, luna, estrellas y hombres. Otra vez ocurre un importante episodio solar en la isla Titicaca: allí quiere subir al cielo el Hacedor; llama entonces al “*Sol en figura de un hombre muy resplandeciente*, llamó a los *ingas* y a *Manco Cápac*, como a mayor dellos, y les dijo: tú y tus descendientes habéis de ser señores; tenedme por padre y por tales *hijos míos* os jataid, y allí me reverenciareis como padre”. El Hacedor mandó al Sol y a los otros que subiesen al cielo y “luego en aquel instante, Manco Cápac y sus hermanos... se sumieron” y salieron en Pacaritambo (el lugar de los Ayar). “Y así de aquí les quedó apellido de llamarse *hijos del sol* y como *padre adorarle*”; además recibieron insignias y mandato.

El Hacedor habla y domina la escena, pero la sintaxis de Molina resulta confusa y el sentido sugeriría quizás que algo lo hubiera dicho el Sol (pues de “hijos” se habla); sin embargo, parece que el Hacedor, padre del Sol, se dirige a Manco y los suyos, y les da el mandato divino.

Podría recordarse también que fray Jerónimo Román escribe: “Decían que el Sol era el principal criado que dios tenía” y que por su intermedio atendía los asuntos humanos. *Criado* no tenía entonces sentido inferior. Román, quien suele basarse en Las Casas, comenta que los indios “no iban muy lejos en esto de la verdad”, por ser la criatura, “sacados los ángeles y los hombres”, que mejor representa “los atributos” de Dios (Román 1575, vol. II, L.I, c. 6); esto debió agrandar al Inca, lector del padre Román, cronista agustino.

A mi ver, el cuzqueño Molina muestra una cierta tendencia al sincretismo; el enlace entre los mitos de los Ayar y del Titicaca resulta explícito por el traslado a Pacaritambo; el Hacedor y el Sol muestran lazos singulares. Los puntos de semejanza entre esta versión y la de los *Comentarios reales* son notorios y deben tenerse en cuenta.

José de Acosta

Un pasaje del sabio jesuita, usual seguidor de Polo pero también de Molina, da noticias no ajenas a la escena de la isleta. El sabio autor dejó el

Perú en 1585. Del Titicaca, escribe, “salió un Viracocha”, que arraigó en Tiahuanaco; de allí fueron al Cuzco. Acosta recorrió la región y no es imposible que, con sus acompañantes, recogiera alguna noticia. “*Muestran en la misma laguna —concluye— una isleta donde fingen que se escondió y conservó el Sol*” (Acosta 1590, L. I, c. 25). Consta por diversos autores que la isleta estaba dedicada al Inti y esto movería a pensar que en el relato de Molina debe apreciarse la importancia del Sol.

Todo va a esclarecerse y reafirmarse, salvo algún punto menor con las informaciones abundantes que ofrece otro distinguido jesuita, Bernabé Cobo, quien anduvo por esas tierras a principios del XVII y, de otro lado, alcanzó a leer los *Comentarios*, aparecidos en 1609; aunque el padre Cobo los aprecia, sus fuentes principales suelen ser crónicas manuscritas, algún viejo informante y su vasta experiencia personal.

Bernabé Cobo

Con espíritu metódico, Cobo estudia por separado los mitos de creación y los del origen de los incas (dentro de los que conoció, que no fueron pocos). Además, al presentar los grandes santuarios del Perú antiguo, cuando llega a Copacabana ofrece importantes noticias sobre las islas vecinas, la dedicada al sol, ya citada y otra consagrada a la luna: todo esto será útil para el entendimiento de estas “fábulas”. Los materiales, por copiosos, debemos resumirlos. Y eso que Cobo no usa cuantas noticias poseyó, pues descarta las superfluas.

Cuando los indios, escribe, aluden a aquellos tiempos remotos, “hablan muy confusamente, no distinguiendo la creación del mundo de su reparación después de pasado el Diluvio” (Cobo 1956, parte I, L. XIII, c. 2). Muchos empiezan por “los hombres que se salvaron de las aguas”. Recuérdense algunos mitos ya consignados aquí. Luego recoge Cobo algunas “fábulas” provenientes de regiones varias. La primera habla de un creador “en Tiaguanaco”, anterior a la gran catástrofe. Otras versiones señalan diversos lugares, incluyendo el cerro Huanacaure, junto al Cuzco. Tras el Diluvio, la reparación empieza en diversos lugares. Según unos, “al decrecer las aguas la primera tierra que se descubrió fue la isla de Titicaca, en la cual afirman haberse escondido el Sol mientras duró el Diluvio”. Para otros los nuevos tiempos se inician en Tiahuanaco. Un punto llama la atención: “los hombres del Collao están divididos” en estos dos pareceres, el de la isleta y el de esa famosa tierra. Parece haber existido rivalidad comarcana, lo cual pudo influir en los mitos y sus variantes.

Sobre el origen incaico no faltan versiones que “refieren un mundo de disparates”, pues “habiendo perecido todos los hombres” en el Diluvio, “sólo los incas se salvaron” y restauraron el universo. Anuncia que se limitará a “tres o cuatro fábulas y ficciones, *las más recibidas*” en tierras “*de donde procedieron los reyes incas*” (Cobo 1956, L. XII, c. 3. Recuértese que aquí sólo uso parcialmente la gran suma de noticias que manejaba el eruditísimo autor).

La primera, hoy poco recordada, parece una variante de otras. Del “Titicaca vinieron hasta Pacaritambo... ciertos indios llamados incas”. Manco Cápac, “principal dellos”, ordenó preparar dos láminas de plata muy bruñidas para recubrir pecho y espaldas, y una diadema semejante; llegado al Cuzco, “fue visto de los naturales en la cumbre de un monte, y como los rayos del sol reverberaban en las láminas de plata y diadema”, su resplandor fascinó a los indios, quienes los aceptaron como a “hijo del Sol”. El segundo relato es el de los hermanos Ayar, consignado en tres versiones, que juzga “ridículas”.

Luego recoge otro “desvarío”, que es evidentemente la leyenda narrada por Molina, aunque no lo menciona. El Hacedor le habla directamente a Manco y los incas, en presencia del Sol, y “luego incontinenti”, cumpliendo la orden divina, “se sumieron debajo de la tierra los hermanos incas y fueron a salir a la dicha cueva de Pacaritampu”. El resumen de Cobo se muestra más claro que el texto de Molina, cuya afinidad con el de Garcilaso vio mejor que los modernos.

Prosigue Cobo: “*Esta misma ficción cuentan otros deste modo*”. Ofrece entonces, para nuestra sorpresa, un sencillo resumen del relato de los *Comentarios*. Vuelve a omitir el nombre de su fuente. Para el jesuita, que tantos papeles manejó y que tanta comunicación tuvo con los indios, el relato de Cusi Huallpa, elegantemente vertido por Garcilaso, no le inspiró reservas. Y eso que Cobo no parece haber conocido el texto anónimo atribuido a Segovia. Recuértese que es usual en Cobo llamar “ficción” o “fábula” a cualquier mito, y aun tratarlos de ridículos (lo hacen también el Inca Garcilaso y otros), para diferenciarlos de la historia verídica y de los episodios bíblicos. Como fuere, para Cobo el parecido entre la versión de Molina y la de Garcilaso es evidente, y quizá por eso (y las similitudes con otras variantes) presenta esta “fábula” del Titicaca entre “las más recibidas de casi todas” las regiones. Según el sentido literal cabe, creámoslo o no, que un mito parecido circulara entre los indios. Debe observarse que hubo otros relatos afines, nacidas en la misma región del lago.

“Otra fábula”, prosigue Cobo, “es muy semejante a ésta, salvo que afirma que los primeros nacieron en la sobredicha isla de una mujer llamada Titicaca, de quien tomó el nombre que hoy tiene la isla y laguna”. Por eso los incas tienen allí un famoso templo, con “una estatua o ídolo de figura de mujer, de oro y plata”. El jesuita no le concede importancia a esta extraña variante, pero el que exista confirma lo dicho por Cobo de que hubo *otra fábula muy semejante*, la de los *Comentarios reales*. Podría ser. Por lo demás es sabido que la madre Luna recibía culto en la isleta vecina, dedicada a ella.

Las islas de Copacabana

Cobo destaca el viejo santuario que existía en la región de Copacabana, en una de las islas que están enfrente. En tiempos incaicos alcanzó tal importancia que sólo lo excedían el Coricancha del Cuzco y Pachacámac en la costa (Cobo 1956, L. XIII, c. 19. No me extendo a otros autores, como Ramos Gavilán. Creo muy importante la antigüedad, según Cobo [y otros] del culto solar en la isla). Todos los demás, hasta el de Tiahuanaco venían después. En rigor eran dos templos y “magníficos”: uno el principal, en la isla Titicaca, consagrado al Sol, y otro en la isla de Coatá, dedicado a la Luna. El gran adoratorio solar, explica, provenía del mito o “novela” de que, tras los antiquísimos tiempos de tinieblas, “vieron una mañana salir el Sol de aquella peña con extraordinario resplandor”, pues ésa fue su “morada verdadera”. Una variante (que leímos en Acosta) dice que allí “estuvo escondido” durante el Diluvio. Cobo anduvo en estas regiones, según apunta allí, “el año de 1617”.

El jesuita señala que el santuario “tenía muy grande antigüedad” y que fue muy venerado en el Collao desde antes del dominio incaico. Llegados más tarde los hijos del Sol, esto repercutirá enormemente en la estima del lugar. Al venir el inca Tupa Yupanqui le informaron de ese templo y sus orígenes; fue a visitarlo el soberano y viéndolo “dedicado al Sol”, y siendo los de su linaje “descendientes y reverenciadores” de él, Tupa Yupanqui “se holgó de haber hallado un lugar” tan a propósito para el culto. Resolvió magnificar el templo: lo mejoró y engalanó, trajo *mamaconas* e hizo una casa de vírgenes, mandó construir un *tambo* para hospedar peregrinos, y hasta ordenó traer *mitimaes* de todo el reino y, de esos inmigrantes, informa Cobo, “la mayor parte eran de la *sangre y linaje de los incas*”. Con esas gentes se formó un pueblo vecino. Dos cosas llaman la atención: primero, que Tupa Yupanqui parece ser el padre de Cusi Huallpa y fue el bisabuelo de Garcilaso; segundo, que el gran santuario del Sol, frecuentado hasta por gentes de sangre real, pudo

influir en matices de estos mitos, y en su transmisión. No resulta difícil que llegasen al Cuzco y a gentes altas.

Por muchos relatos que refiera, Cobo no se deja fascinar: su opinión será que los incas vinieron probablemente de Tampu o Pacaritampu, cuna de los Ayar (Cobo 1956, L. XII, c. 3). Coincide con la versión modernamente más aceptada, pero a la vez recoge abundante material mítico y legendario, de interés para nosotros. La versión de los *Comentarios* podrá parecer tardía, pero está integrada de elementos indígenas auténticos, y de ningún modo es una versión amañada al uso hispánico. Aparte su condición de origen tradicional indígena, otra cosa es que la narración revele la pluma de un maestro del Siglo de Oro.

Observaciones últimas

Del conjunto de estos mitos del Titicaca, aquí en muy buena parte revisado, varios tienden a ligarse con el mito cuzqueño de los hermanos Ayar. Cronistas como el párroco Molina o el anónimo eclesiástico atribuido a Bartolomé de Segovia, por dar dos ejemplos, muestran referirse a los incas como venidos y aun salidos del lago. Cumpliendo órdenes divinas, mandan, civilizan, enseñan, se expanden y se proclaman “hijos del Sol”. La presencia de variantes y diferencias prueban una tradición antigua y extendida de versiones orales, muy visible en Cieza o en Molina, que adquiere cuerpo e importancia. El gran culto solar de la isla Titicaca cabe que tuviera influencia en versiones que pudieron y aun debieron llegar a la estirpe imperial y allí mismo surgirían matices nuevos; en ese ambiente debió conocer Garcilaso el relato que luego narró en España, pese a contratiempos jurando decir verdad. Su versión aparece como una variante, colorida y elaborada, de otras anteriores, procedentes a su vez de otras más antiguas. El arte y retórica serán, sí, europeos.

Nada hay en ese texto que no concierte con algún relato antiguo, generalmente inédito.¹⁶ Esta versión no se limita a la suma de elementos dispersos en las muchas variantes. La transmisión oral del tema, nacida posiblemente en la región del Titicaca, dio, como se dijo, un fruto hermoso, grato para la estirpe incaica. Será una versión sincrética, pero todos sus

16. La famosa varilla, relacionada con Manco y el Cuzco, se menciona por Juan de Santa Cruz Pachacuti al referir el mito de Tunapa (1879: 240, Cf. *supra*).

elementos reaparecen en otros autores: hasta la mágica varilla de Manco en Santa Cruz Pachacuti, a propósito de otro mito de origen, el de Tunapa.

Aunque un cierto halo de sospecha ha existido modernamente sobre esta “fábula” de los *Comentarios*, y aun no han faltado insinuaciones contra su plena autenticidad, también se ha supuesto, siguiendo viejas opiniones críticas, que la presente versión, venida de un inca, fuese “un mito oficial”, como escribe Franklin Pease.¹⁷ Sin discutir ese carácter llamado *oficial*, ni el tema, aquí se ofrecen noticias que, independientemente de cualquier opinión, mueven a pensar que la narración proviene, en efecto, del hogar materno, parte aunque decaída de la extinta corte.

Creo muy difícil que Garcilaso hubiera conocido los manuscritos de Molina, del eclesiástico anónimo o el llamado *Señorío* de Cieza, etc. Las fuentes impresas no pudieron ofrecerle mucho. Jerónimo Román, seguidor de Las Casas, se limita a los Ayar; lo que pudo leer en Acosta o en trozos de Zárate y Gómara no bastan ni con mucho para explicar las fuentes de esta versión. Tampoco le hubiera valido lo que Gregorio García tomó de Betanzos. Lo sensato es pensar que, tal como lo afirmó, tuvo a su viejo tío Cusi Huallpa como informante.¹⁸

De nuevo Garcilaso

Garcilaso Inca no evitaba el volver sobre un tema cuando el texto lo pedía; y así, al concluir el lib. III, tras referirse a asuntos varios, el cap. 35 trata *Del famoso templo del Titicaca y de sus fábulas y alegorías*. No podía faltar, como riquísimo y “dedicado al sol”, el de la “isla llamada Titicaca”, en el lago. Allí “donde dicen los incas que el sol puso aquellos sus hijos”; y “a esta fábula añaden otra” muy antigua. “Dicen que después del Diluvio vieron los rayos del sol en aquella isla y en aquel gran lago primero que en otra parte alguna”. Evitará nombrar al dios Huiracocha, a quien Garcilaso no

17. Pease 1973: 25. Pease sugiere el carácter tardío del culto solar incaico, desde Pachacuti; según eso, entiende este mito del Titicaca como “oficial”, por haberse modificado la actitud de los soberanos frente al dios Huiracocha. Hipótesis interesante, pero ajena a las presentes líneas.

18. Me viene preocupando el tema de la veracidad del Inca, demostrable en casos importantes (aunque eso no suponga ignorar sus problemas como fuente). Cf. Durand 1966: 43 ss., 1972: 75 ss., 1987: 408 ss.

reconoce. A la “fábula” de los hijos enviados, que ya refirió en el lib. I, le dará su propia explicación, cristiana y prosaica: “El primer inca Manco Cápac, favorecido de esta fábula antigua y de su buen ingenio, inventiva y sagacidad, viendo que los indios le creían” y que tenían el lugar por sagrado, “compuso la segunda fábula, diciendo que él y su mujer eran hijos del Sol”, quien los mandó en misión religiosa, como atrás “se dijo largamente”. Añade que los amautas armonizaron ambas “fábulas”.

El mito del Diluvio y la isla se halla, entre las crónicas impresas entonces, en Acosta. Pero nuestro Inca resulta aquí personal, inclusive en la información sobre los amautas. De otro lado, el contraste entre la presente óptica histórica (cristiana), y la que tuvo al referir la versión familiar de su viejo tío inca, muestra que al narrar antes el mito, no quiso entreverarlo con digresiones ni dar su propio parecer. No está en la posición que luego tendrá Cobo: a Garcilaso le preocupa de otro modo el tema, como indio-español y como escritor-historiador. Y en definitiva dirá: “Con estas invenciones... hicieron los incas creer a los demás indios que eran hijos del sol, y con sus muchos beneficios lo confirmaron”. Ello aparte, en cuanto a la fabulosa riqueza del templo, alegrará a Blas Valera.

El relato de su tío Cusi Huallpa fluye limpiamente y se narra con el mayor cuidado literario. Cuando vuelve en el lib. III, el estilo resultará apropiado, pero el relato no tiene por qué alcanzar la misma calidad. Aquí, aparte de hablar del templo, sus noticias y observaciones aparecen movidas por un interés histórico. Y para el lector actual, constituyen una reafirmación de su actitud de preferir esta versión sobre el origen incaico.

Algo queda muy claro: el conocimiento historiográfico del tema resulta indispensable para una cabal comprensión de la elaboración literaria del texto. Aquí y en general.

BIBLIOGRAFIA

- ACOSTA, José de
1590 *Historia natural y moral de las Indias*, Sevilla
- ANONIMO (atribuido a Cristóbal de Molina y a Bartolomé de Segovia)
1916 Relación de muchas cosas acaescidas en el Perú...”, en *Los dos Cristóbal de Molina*, prologado por C.A. Romero, Lima
- AROCENA, Luis
1949 *El Inca Garcilaso y el humanismo renacentista*, Buenos Aires
- ASENCIO, Eugenio
1953 “Dos cartas desconocidas del Inca Garcilaso” *Nueva Revista de Filología Hispánica*, VII, México
- BATAILLON, Marcel
1961 “Un chroniqueur péruvien retrouvé: Rodrigo Lozano”, *Cahiers de l’Institut des Hautes Etudes de l’Amérique Latine*, París
- 1963 “Zárate ou Lozano?”, *Caravelle*, I, Toulouse
- BETANZOS, Juan de
1880 *Suma y narración de los incas*, Madrid
- 1987 *Suma y narración de los incas*, Madrid
- BRADING, David A.
1986 “The Inca and the Renaissance, *The Royal Commentaries*”, *Journal of Latin American Studies*, XVIII, Cambridge
- CIEZA DE LEON, Pedro
1880 *Segunda Parte de la Crónica del Perú, que trata del señorío de los incas yupanquis...*, Madrid
- COBO, Bernabé
1956 *Historia del Nuevo Mundo*, edición de Francisco Mateos, Madrid

- DURAND, José
 1948 "Dos notas sobre el Inca Garcilaso", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, II, México
- 1963 "Garcilaso, entre le monde des Incas et les Idées de la Renaissance", *Diogéne*, 43, París
- 1963a "El nombre de los *Comentarios reales*", *Revista del Museo Nacional*, XXXII, Lima
- 1966 "La memoria de Gonzalo Silvestre", *Caravelle*, 7, Toulouse
- 1972 "Montería indiana: el *chaco*", *Anuario de Letras*, X, México
- 1979 "*Perú y Ophir* en Garcilaso Inca", *Histórica*, III, 2, Lima
- 1987 "Los últimos días de Blas Valera", *Homenaje a Aurelio Miró-Quesada* (vol. I), Lima
- GARCIA O.P., Gregorio
 1607 *Origen de los indios del Nuevo Mundo*, Valencia
- GARCILASO DE LA VEGA, Inca
 1605 *La Florida del Inca*, Lisboa
- 1609 *Comentarios reales de los incas*, Lisboa
- GOMARA, Francisco López de
 1552 *Historia general de las Indias*, Zaragoza
- GONZALEZ HOLGUIN S.I., Diego
 1608 *Vocabulario de la... lengua Qquichua*, Lima
- HERRERA, Antonio de
 1617 *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, Madrid
- JIMENEZ DE LA ESPADA, Marcos
 1979 *Tres relaciones de antigüedades peruanas*, Madrid

- 1880 "Prólogo" a Cieza 1880
- LEVILLIER, Roberto
1935 *Don Francisco de Toledo, supremo organizador del Perú*,
Madrid
- MATICORENA ESTRADA, Miguel
1966 "Sobre las *Décadas* de Antonio de Herrera: La Florida",
Anuario de Estudios Hispanoamericanos, XXIII, Sevilla
- MEANS, Philip A.
1928 *Bibliotheca Andina*, New Haven, Conn.
- MIRO-QUESADA, Aurelio
1971 *El Inca Garcilaso*, 3ra. ed., Madrid
- MOLINA, Cristóbal de
1916 "Fábulas y ritos de los incas", en *Los dos Cristóbal de*
Molina, prólogo de C.A. Romero, Lima
- OLIVA, Giovanni Anello
1895 *Historia del reino y provincias del Perú*, Lima
- PEASE G.Y., Franklin
1973 *El dios creador andino*, Lima
- PEREZ BUSTAMANTE, Ciriaco
1933 *El cronista Antonio de Herrera y la "Historia" de Alejandro*
Farnesio, Madrid
- PORRAS BARRENECHEA, Raúl
1955 *El Inca Garcilaso en Montilla*, Lima
- 1962 *Los cronistas del Perú*, Lima
- RIVA-AGUERO, José de la
1962 *Estudios de Literatura Peruana. Del Inca Garcilaso a*
Eguren, Obras Completas, V. II, Lima
- 1965 *Estudios de historia peruana. La Historia en el Perú, Obras*
Completas, v. IV, Lima

- ROMAN, Hierónimo, fray
1575 *Repúblicas del mundo*, Medina del Campo, vol. II, "República de las Indias Occidentales"
- ROSENBLAT, Angel
1942 "Prólogo" a Sarmiento 1942
- ROSTWOROWSKI DE DIEZ CANSECO, María
1988 *Historia del Tahuantinsuyu*, Lima
- ROWE, John H.
1960 "The origins of Creator worship among the Incas", *Culture in History. Essays in honor of Paul Radin*, New York
- SANTA CRUZ PACHACUTI, Joan de
1879 "Relación de antigüedades deste reino del Perú", en Jiménez de la Espada 1879
- SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro
1942 *Historia de los incas*, edición y prólogo de Angel Rosenblat, Buenos Aires
- VALCARCEL, Luis E.
1939 *Garcilaso Inca visto desde el ángulo indio*. Lima
- WEDIN, Ake
1966 *El concepto de lo incaico y las fuentes*, Uppsala
- ZAMORA, Margarita
1988 *Language, authority, and indigenous history in the Comentarios reales de los incas*, New York
- ZARATE, Agustín de
1555 *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, Amberes

